

cerme perder la calma en estos momentos, ¿verdad?..... Decid tambien á mi madre que yo le ruego que esté tranquila..... que no hay peligro alguno..... pero que me deje conservar toda mi serenidad.

— ¡ Pues bien ! ¡ Adios, adios ! — dijo Juana levantándose. — ¿ No es verdad que nos hemos amado mucho ?

— Sí, hija mia, sí.

Juana le miró algunos momentos sin hablar, y luégo, atrayéndolo un poco :

— ¡ Sí ! — exclamó.

Y presentándole su frente, añadió :

— Besa mi frente, para que, si mueres, sea al ménos por algo.

Santiago tocó sus cabellos con los labios ; despues, sosteniéndola sobre su brazo, la condujo fuera de sus habitaciones, hasta el principio de la escalera.

— ¡ Pronto á vuestra casa ! — le dijo besándole apresuradamente ambas manos y dejándola sola.

## XII.

Madame de Maurescamp volvió en seguida á su casa, en compañía de la Condesa de Lerné. Su ausencia habia sido muy corta. Los criados no se apercibieron de ella, y aquel paso imprudente quedó oculto para su marido.

Como á las cinco de la mañana, acababa de adormecerse, rendida por la fatiga y las emociones, cuando un ruido que se produjo sobre su cabeza la despertó. Oyó pasos en el piso superior, y un rumor confuso que le hizo comprender que su marido disponia apresuradamente con su ayuda de cámara los preparativos del viaje. Poco despues el rodar de un carruaje sobre el empedrado del patio, y por último, le oyó partir.

Juana se levantó. Ardia su cabeza. Abrió una de las ventanas que daban al jardin de su hotel, y cruzados los brazos, se apo-

yó sobre la barandilla. El aspecto del cielo, de las nubes, de las paredes, de las hojas nacientes, tomaba á sus ojos una expresion extraña y fantástica; escuchaba vagamente las piadas alegres de una banda de gorriones, que saludaban la alborada de un hermoso día de primavera.

Salió bruscamente de aquella triste contemplacion para ir al cuarto de su hijo y presidir, como lo hacía todos los días, la operacion de vestir al niño. Juana prolongó tanto como le fué posible esos cuidados habituales, como para hacerse la ilusion de un estado de cosas regular y apacible.

Á medida que fué avanzando el día, su soledad, en medio de las ansiedades que la devoraban, fué haciéndosele intolerable, y al fin resolvió acudir á su madre. Su generosa ternura habia resistido hasta entónces al deseo de hacerla compartir sus angustias; pero sintió que su cabeza empezaba á desvariarse, y en dos líneas informó á la Marquesa de lo que sucedia, enviándole el billete con un propio.

Si la madre de Juana no figura desde hace tiempo en las páginas de este relato, es porque nada de ella teniamos que decir que el lector no haya podido adivinar fácilmente.

Una palabra bastará para llenar esta laguna; Mme. de Latour-Mesnil sufría muchísimo por el brillante matrimonio que habia inducido á hacer á su hija. Aquejábala una afeccion al hígado, complicada con graves perturbaciones en el corazón. En vano su hija habia evitado no solamente los reproches, sino aún las confidencias. Ella era muy mujer, y sobre todo muy madre, y habia sufrido demasiado ella misma para poder engañarse sobre la triste verdad; así es que la pobre señora no podia perdonarse la extraña y ciega vanidad con que habia sacrificado á su hija á un destino aún más cruel que el suyo. Ciertas madres se consuelan de la desgracia oficial de sus hijas por la dicha de contrabando que ellas les suponen; tales consuelos no eran aceptables para Mme. de

Latour-Mesnil, y si algo podía agravar el dolor y los remordimientos de haber hecho á su hija desgraciada, era el temor angustioso de haberla quizá arrastrado al mismo tiempo á la vergüenza. Asaltábanla en este punto dudas crueles, y el único día feliz que la pobre madre tuvo despues de muchos años, fué el dia no muy lejano en que Juana, conociendo su inquietud por sus relaciones con el Conde de Lerne, se abrazó á ella exclamando:

—¡Mírame bien!..... ¡Yo no te abrazaría así si fuese culpable..... no podría atreverme á hacerlo!

Madame de Latour-Mesnil, á quien el billete de Juana llevó la primera noticia del desafío de Maurescamp con el Conde de Lerne, llegó á casa de su hija al medio-día. Al verse, las dos mujeres se abrazaron con más lágrimas que palabras. Despues de las primeras efusiones, Juana encontró cierto alivio á su dolor respondiendo á las preguntas de su madre y refiriéndole todas las circunstancias que ella co-

nocia del lance, el incidente del baile, la escena terrible que habia tenido con su marido al volver á su casa, y hasta la visita imprudente á Santiago de Lerne aquella noche.

Miéntas la jóven hablaba con volubilidad febril, ya dándose paseos, ya sentándose, no cesaba de dirigir inquietas miradas al reloj de la chimenea. El duelo debia verificarse á las tres, ella lo sabía. Á medida que la hora fatal se acercaba, sentíase más agitada, pero al mismo tiempo más silenciosa; dirigíase automáticamente de un lado á otro; su semblante se encendia y sus labios murmuraban á ratos exclamaciones casi infantiles:

—¡Oh mamá!..... ¡mi pobre mamá!..... ¡Qué crueldad! ¡qué horror!..... ¡Qué injusticia, qué injusticia, Dios mio!

Asustada de verla en ese estado de exaltacion, su madre se levantó, tratando de llevársela.

—Vén á tu cuarto, hija mia..... vamos á rezar.

—¡ Rezar, madre mia !— exclamó Juana casi con dureza.—¿ Y por quién quereis que rece? ¿ por mi marido ó por él? ¿ Quereis que sea hipócrita ó que sea sacrilega?

—¡ Ay! ¡ Reza por tu pobre madre, que tanto necesita que la perdones!— exclamó la Marquesa dejándose caer de rodillas y escondiendo la cara entre sus manos.

—¡ Madre mia, madre mia!— dijo Juana levantándola y estrechándola fuertemente contra su pecho.—¿ Qué tengo yo que perdonaros? ¿ No me equivoqué yo lo mismo que vos?

—¡ Ay! Á tí te estaba permitido equivocarte; pero no á mí..... yo era tu madre..... yo era tu consejero, tu guía; la vida debía haberme instruido. ¡ Ay! ¡ qué culpable he sido..... qué culpable he sido no escogiendo mejor el compañero de tu vida! ¡ Tú eras tan digna de ser dichosa, hija mia querida!..... ¡ Tú eras tan honrada, tan buena!..... ¡ y ahora, mira á qué extremo te he conducido!

—¡ Pero si yo sigo siendo honrada, ma-

dre mia!— dijo Juana con acento distraído.

Despues, levantando el índice de pronto, señaló la esfera del reloj. La Marquesa vió que eran las tres.

Una extraña sonrisa contraía los labios de Juana, que cogió con fuerza el brazo de su madre y se paseó lentamente con ella sin hablar una palabra. De rato en rato la jóven lanzaba un hondo suspiro.

Despues de algunos minutos, dijo al fin:

—Todo debe haber concluido ya, porque en tales ocasiones se acude con mucha exactitud, y es cuestion de muy poco tiempo, á lo que se dice..... Pero lo que es horrible es considerar que nada sabremos hasta dentro de dos ó tres horas..... Yo he hecho una cosa, madre mia, que tal vez no aprobaréis..... ¿ mas á quién podia yo dirigirme para tener noticia del resultado? Yo no podia esperarlas hasta mañana, porque Maurescamp seguramente no me escribirá..... Así es que yo he recomendado á Luis, el antiguo criado de M. de Lerne, que ha acompañado á su señor, que

me pusiera un despacho tan pronto como le fuera posible.

La Marquesa, anonadada por aquella angustiosa situación, sólo respondió con una señal de cabeza incierta.

En aquel momento oyóse sonar en el vestíbulo el timbre que correspondía á la habitación del portero. Aquel anuncio de una visita pareció extraño, porque la puerta del hotel había sido rigurosamente condenada desde por la mañana.

—¡Ya!— exclamó Juana acercándose vivamente á una ventana que daba al patio;—¡ya..... es imposible!

La jóven levantó la cortina y reconoció en el personaje que subía las gradas que había en la entrada principal, al profesor de esgrima, ó más bien director de sala de armas, llamado Lavarede, que acostumbraba ir tres veces por semana, para que el Baron se ejercitara con él en el manejo de las armas.

Celoso de su habilidad en la esgrima, Maurescamp, aunque frecuentaba asídua-

mente la sala de armas, gustaba también de ejercitarse en su casa, quizá para no entregar al público todos los secretos de su arte.

La aparición de aquel hombre, en los momentos en que Juana y su madre estaban preocupadas con tan tristes pensamientos, las llenó de sorpresa y de alarma. Interrogábanse á media voz llenas de inquietud, cuando un criado se presentó en la puerta del salón.

—Señora—dijo—es M. de Lavarede, el profesor de esgrima, que no sabía que el señor Baron estuviese de viaje; pregunta si el señor Baron estará ausente mucho tiempo, ó si debe volver pasado mañana, como de costumbre.

—Decidle que no lo sé—respondió Juana;—que se le pasará aviso.

El criado salió;—pero después de un instante de reflexión, la jóven volvió á llamarle.

—Augusto—dijo con voz breve—quiero hablar con ese hombre..... Hacedle pasar al comedor..... yo bajo en seguida.

Y volviéndose á la Marquesa,

—Venid conmigo, madre mía; quiero hablar dos palabras con ese hombre.... Despues irémos al jardin.... El aire nos hará bien.... La tarde está hermosa.... ¡Venid!

La madre y la hija bajaron dándose el brazo y encontraron en el comedor á un hombre como de cuarenta años, que tenía el aspecto severo de un militar vestido de paisano.

— Señor—le dijo Juana con voz ligeramente trémula—he querido hablaros.... Mi esposo ha partido esta mañana para Bélgica.... ¿Ignorais quizá la causa de este viaje?

— Sí, señora, la ignoro.

—¿No os han dicho nada los criados?

— Nada, señora.

— Tal vez ellos mismos lo ignoran; todo ha sido tan rápido. ¡Pues bien! sin duda sospechais ya el motivo de ese viaje; sin duda lo adivináis en la espantosa turbación en que nos encontráis á mi madre y á

mí.... ¡En este mismo momento en que os hablo, mi marido se bate en desafío!

El profesor de esgrima hizo un ligero movimiento de sorpresa y se inclinó gravemente.

— Señor—añadió Juana, cuya palabra era al mismo tiempo brusca y trémula— señor, ya comprendéis nuestras angustias.... ¿no podeis decirnos algo que nos tranquilice?

— Perdonadme, señora—¿podré saber quién es el adversario?

— El Conde de Lerne.

— ¡Oh! en ese caso, creo, señora—dijo el profesor con una ligera sonrisa— creo que podeis estar enteramente tranquila.

Juana miró fijamente á su interlocutor.

—¿Tranquila?.... ¿Por qué?—dijo.

— El señor Conde de Lerne, señora, es uno de los que frecuentan nuestra sala—añadió el profesor;—conozco perfectamente sus fuerzas.... Hace algun tiempo era un buen tirador y hubiera podido luchar con el señor Baron.... Pero desde que fué he-

rido en un brazo en un duelo con M. Monthelin, ha perdido mucho..... ahora se fatiga muy pronto, y no es muy dudoso para mí que el señor Baron le vencerá fácilmente. Me parece, pues, que la señora puede estar completamente tranquila.....

—¿Es decir—preguntó Juana despues de un momento—que vos creis que matará al Conde?

—¡Oh! ¡matarle!..... yo espero que no..... pero ciertamente lo desarmará, ó lo dejará herido; lo más probable, al ménos si el motivo del lance no es muy grave, es que lo desarme.

—Pero, en fin—repitió la jóven balbuceando—¿vos creis..... estais seguro..... de que nada tengo que temer..... por mi marido..... que no puede ser herido?

—Estoy seguro, señora.

—Está bien..... os agradezco vuestras noticias, y os saludo, señor.

La jóven le siguió con la vista hasta que hubo salido; despues, cogiendo la mano de su madre, dijo con voz ahogada:

—¡Ay, madre mia, yo siento que me estoy volviendo criminal!

Las puertas del comedor daban al jardin del hotel. La madre y la hija entraron en él, y se sentaron juntas en un banco rodeado de lilas que ya empezaban á florecer. Apénas sentadas, Juana exclamó con voz acongojada:

—¡Pero, madre mia, segun lo que dice ese hombre, si mi marido le matase..... sería un verdadero asesinato!

—¡Hija mia querida, por piedad!..... cálmate..... ¡me haces sufrir tanto..... tanto!..... Ademas que yo te aseguro que lo que ha dicho ese hombre ha sido más bien para tranquilizarnos..... porque, en fin, tu marido no es un monstruo, y entre hombres de honor hay cosas imposibles. Si el Conde de Lerne está realmente enfermo..... y su brazo se fatiga.....

—Sí—dijo Juana—yo lo he notado más de una vez.

—Pues bien—continuó diciendo la Marquesa—tu marido lo habrá notado

tambien..... y se contentará con desarmarlo.

—¡Ay, madre mia!..... ¡le odia tanto! ¡nos odia tanto á los dos!..... ¡Y luégo que él no es bueno!.....

La jóven, sin embargo, se acogió á ese pensamiento, á esa última esperanza que su madre le sugeria. Sí, era en efecto bastante inverosímil: el Baron, despues de todo, era un hombre de honor á la manera que el mundo entiende esa palabra..... no querria abusar de la superioridad de sus fuerzas..... Además, durante el viaje, habria recordado todo lo que su mujer le dijo la víspera; habria reflexionado con más serenidad; habria llegado casi convencido de su inocencia, calmado en parte, ménos ávido de venganza.....

Juana sentia además una influencia benéfica en todo lo que le rodeaba: sentíase en el silencio de aquel jardin cercado de altos muros de claustro, y en el aire puro y en el cielo azul, en el perfume de la primavera naciente, en el ambiente apacible

de aquella hermosa tarde. Dificilmente pueden asociarse en nuestra imaginacion ideas de violencia y escenas sangrientas con la serenidad deliciosa é impasible de la Naturaleza; á los que respiran la paz del campo ó de los jardines, paréceles que la paz debe reinar por todas partes como reina á su alrededor.

El tiempo además iba trascurriendo sin traer ninguna nueva emocion y dejaba suavizar en parte las emociones anteriores. Juana y su madre, estrechándose las manos en silencio, experimentaban ambas, despues de las agitaciones agudas del dia, cierta languidez casi agradable.

Era un poco más de las cinco cuando Juana se levantó de pronto: habia oido sonar de nuevo el timbre de la portería.

—¡Esta vez sí! ¡Ahí está!—exclamó.

Dos minutos trascurrieron. Juana y su madre estaban de pié, fijos los ojos en la puerta del vestíbulo. Un criado apareció en ella, con una bandeja en la mano.

—Es un despacho para la señora—dijo.

— Dádmela — dijo Juana adelantándose dos pasos para recibirlo.

La jóven esperó á que el criado se hubiera retirado, y sin abrir el telégrama, dirigió una mirada á su madre.

— ¡Déjame abrirlo! — dijo la marquesa tratando de quitarla el despacho.

— No — dijo la jóven sonriendo — yo tendré valor.

Rompió el sobre azul. Mas apénas hubo dirigido sus miradas al telégrama, cuando éste se le cayó de las manos; sus ojos tomaron una extraña fijeza, sus labios se agitaron convulsivamente, extendió los brazos en cruz, lanzó un grito prolongado que llenó todo el hotel, y cayó inerte sobre la arena á los piés de su madre.

Miéntas acudian los criados á aquel grito terrible, la Marquesa de Latour-Mesnil, trastornada, se precipitaba sobre su hija, y al mismo tiempo que le prodigaba sus cuidados, cogia febrilmente el despacho. He aquí lo que leyó:

«*Soignies, á las tres y media.*»

»El señor Conde, herido mortalmente, acaba de morir.

LUIS.»

### XIII.

Seis meses despues, á mediados de Octubre de aquel mismo año 1877, volvemos á encontrar al Baron y á la Baronesa de Maurescamp viviendo juntos en la *Venerie*, magnífica propiedad situada entre Creil y Compiégne, que el Baron habia adquirido hacia algun tiempo. La *Venerie* era una gran posesion abundante en toda suerte de caza, y el Baron, muy aficionado á ese ejercicio, la habia comprado para no tener que andar por uno y otro lado arrendando sotos diferentes todos los años.

Monsieur Maurescamp habia invitado para la apertura de la caza á muchos ami-